RICARDO CATARINEU Y MANUEL BUENO

LA PISTA

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

VICTORIANO SARDOU

TRADUCIDA Y REFUNDIDA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

LA PISTA

LA PISTA

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

VICTORIANO SARDOU

traducida y refundida

POR

RICARDO CATARINEU Y MANUEL BUENO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 12 de Diciembre de 1906



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1907

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
FLORENCIA	SRA.	PINO.
GILBERTA	SRTA.	ORIA.
HORTENSIA	SRA.	LASHERAS.
ADELINA	SRTA.	PÉREZ DE VARGAS
REVILLON	SR.	CALVO.
ESTANISLAO		GONZÁLVEZ.
JOBELIN		RAMÍREZ.
OLIVERIO		VIGO.
OSCAR		MENDIGUCHÍA.
JULIÁN		SALA.
FABIÁN		AGUIRRE.
PORTERO		AGUIRRE.



ACTO PRIMERO

Saloncito muy elegante. Al fondo, á la izquierda, una serre, con galería de cristales que da á la terraza, desde donde se baja al jardín. Mucho sol. A la derecha la puerta del despacho de Revillon. En primer término, á la izqnierda, un hermoso escritorio de señora, estilo Luis XVI. En segundo término, puerta de las habitaciones de Florencia. A la derecha, primer término, una consola. Segundo término, puerta de entrada.

ESCENA PRIMERA

ADELINA, FABIÁN y el PORTERO

(Adelina y Fabián se ocupan en abrir y vaciar paquetes, maletas, sombrereras, y sacarlos fuera por el jardín.)

ADEL. Oiga usted. Coja usted estos bártulos.

PORT. (Entrando.) Señorita Adelina.

ADEL. ¿Qué es ello? (Al Portero que viene con una tarjeta en una bandeja y una cesta llena de crisantemos.)

PORT. El jardinero pregunta si ha de colocar estas flores en los jarrones.

ADEL. No. La señora prefiere hacerlo por sí misma.

PORT. Abajo, en un coche, espera una visita.

ADEL. ¡Pronto empezamos con el visiteo! ¡Al día siguiente de llegar y á las diez de la mañana! (Coge la tarjeta y la lee) «La señora Hortensia Mirival.» ¿Mirival? ¡Ah, sí! Ya sé. Aguarde usted. (Mutis izquierda.)

PORT. (A Fabián.) También vino ayer esa señora á informarse de si habían regresado los amos.

FAB. Ya podía dejarnos descansar después de una noche en el tren. (Da una maleta al portero.)

ADEL. (Entrando.) Dígale usted que suba. La señora la recibirá.

PORT. Está bien. (Señalando al velador central.) Ahí he puesto los periódicos de estos días.

ADEL. Sí, gracias. ¿Está el señor en el despacho? (Le da una maleta vacía.)

PORT. No. Ha salido.

ADEL. Entonces deje usted esos papeles ahí y llévese esta maleta. (El Portero hace mutis por la derecha.)

FAB. (Prosiguiendo su trabajo.) ¿Y qué se le ofrecerá por aquí á esa señora?

ADEL. (También en su faena.) Es amiga de la señora. No se pueden ver.

FAB. ¿Mirival? No recuerdo este apellido.

ADEL. No es extraño. Sólo hace dos meses que lo usa. En Sevilla fué donde supimos que se había casado con un tal Mirival, secretario general del Crédito Hipotecario.

FAB. ¡Ah! ¡Ya caigo! Es aquella á quien la hermana de la señora llama siempre «esa pobre Hortensia».

ADEL. Sí. Una morena, que está constantemente riéndose porque tiene los dientes bonitos.

FAB. ¡Chist! Ahí está.

ESCENA II

DICHOS y HORTENSIA

(Hortensia entra introducida por el Portero.)

HOR. Buenos días, Adelina.

ADEL. Para servir á usted.

HOR. ¿Puede recibirme la señora?

ADEL. Al momento. Está acabando de vestirse. Hágame usted el favor de sentarse. Avisaré á la señora de Loysel.

HOR. ¡Ah! ¿Está aquí la señora de Loysel?

ADEL. Por supuesto. Ha venido á darle un beso á su hermana. Como no se vieron en todo el verano...

HOR. Sí, es verdad. Primero estuvieron ustedes en Dinard. ¿No?

ADEL. Sí. Primero en Dinard. Después, en automóvil á Biarritz. Luego á España; Sevilla, Granada, etc.

HOR. Y le ha sentado á usted muy bien el viaje. Viene completamente rejuvenecida.

ADEL. El cambio de aires. También á la señora le convendría viajar. (Intencionadamente.)

ESCENA III

DICHOS y GILBERTA

GIL (Saliendo del cuarto de su hermana.) ¡Amiga mía! (Adelina y Fabián desaparecen por el jardín llevándose los últimos bártulos)

HOR. Temo haber sido indiscreta viniendo en este momento.

GIL. ¡Por Dios! ¡Ni pensarlo! ¿Quiere hacerme el favor de sentarse?

HOR. Mi sola disculpa está en que necesito pedirle un servicio á su hermana de usted.

GIL. En seguida vendrá. Ha sentido mucho no poder felicitar á usted conmigo en el día de la boda.

HOR Que debió de producirles á ustedes cierta extrañeza, ¿verdad?

GIL. ¿Por qué?

HOR. ¡Qué sé yo! Acaso porque se tenga de la viudez la equivocada idea de que es el estado más envidiable.

GIL. Yo no. Le aseguro que yo no.

HOR. ¡Me lo figuro! ¡Está usted todavía en la luna de miel! (Pausa.) De todos modos, la gente exagera las ventajas de la independencia.

GIL. Soy de la misma opinión.

HOR. Ahí tiene usted el ejemplo en su hermana. A los tres años de divorciada ha hecho lo que yo, se ha vuelto á casar. (Entra Florencia.)

ESCENA IV

DICHAS y FLORENCIA

FLOR. Excuse usted, querida Hortensia, la tardanza. Ha sido involuntaria.

HOR. Yo soy quien debe pedir perdón, por haber venido tan pronto á molestarla.

FLOR. Nada de eso. Mucho gusto en verla. Solo pude felicitar á usted por carta. Reitero la enhorabuena.

HOR. No tengo que presentarle á mi esposo. Usted le conoció antes que yo, puesto que es sobrino del señor de Jobelin, su primer marido de usted. De no haberse usted divorciado, ahora yo podría llamarla tía. ¡Sería gracioso! ¿No es verdad?

FLOR. ¡Calle usted! ¡Graciosísimo!

HOR. ¿Le parece acertada mi elección?

FLOR. Sin duda. Yo, como es natural, perdí de vista al señor de Mirival desde mi divorcio; pero conservo de él excelente recuerdo. ¿Y á qué debo el placer?...

HOR. ¡Ah, sí! ¡Qué cabeza! El señor de Jobelin tuvo la bondad de cedernos el segundo piso de su hotel. Ya sabe usted; aquellas hermosas habitaciones que dan al jardín.

FLOR. Sí.

HOR. Nos instalamos allí precipitadamente, reservando para más adelante el amueblar despacio las dos salas, que están ahora al cuidado de los tapiceros. El mío no ha sabido encontrar sedas que me gustasen. Admiré las de su galería de ustedes y he venido á preguntar las señas del comercio donde las adquirieron.

FLOR. En casa de Salomón. Calle del Mail, número... número... ¿Lo recuerdas, Gilberta?

GIL. No.

HOR. Bien, ya lo encontraré.

FLOR. Espere usted. No es cosa de que vaya preguntando de puerta en puerta. Ahí tengo la

última factura. (Abre el escritorio sacando un cajón.)

HOR. Temo abusar...

FLOR. (Revolviendo papeles en los cajones.) Cuando nos fuimos lo dejé todo en desorden... (A Gilberta.) A ver si tú lo encuentras, ayúdame. Es un papel color de rosa.

HOR. ¿Tuvieron ustedes buen tiempo en Dinard?

FLOR. No. Pero en España espléndido. (A Gilberta.) ¿No está muy cerca la sala Erard?

GIL. Sí; á la derecha, entrando por la calle de Montmartre.

FLOR. ¡Nada, no encuentro esa dichosa factura!

HOR. Deje. No se moleste. Son bastantes señas. ¿Sigue usted recibiendo los jueves?

FLOR. Seguiré en cuanto pase este mes.

HOR. Entonces hasta el primer jueves de Octubre. (A Gilberta.) No le he preguntado por el señor de Loysel.

GIL. (Acompañándola por la derecha.) Está bien. Muchas gracias. Más ocupado que nunca en la Audiencia.

HOR. Hasta muy pronto.

FLOR.
GIL. } Adiós. Hasta siempre. (Sale Hortensia.)

ESCENA V

FLORENCIA y GILBERTA. Durante la escena, Florencia, ayudada de Gilberta, coloca los crisantemos en los jarrones

GIL. ¡Buena prójima está! No era ese marido el que ella buscaba. Hubiera preferido el tuyo.

FLOR. ¿Casimiro? ¡Qué tontería!

GIL. ¡Apenas coqueteó con él cuando era viuda y tú estabas divorciada! Pero la desbancaste y, créeme, no te lo perdona.

FLOR. ¡Con un marido más joven, más rico que ella y que tendrá que heredar á su tío!

GIL. A propósito. Le he visto.

FLOR. ¿A quién?

GIL. A tu número uno.

FLOR. ¿Al señor de Jobelin?

GIL. Hará unos ocho días, en el Five o'cloc de los Marjolin. Después de hablar de mil cosas indiferentes, me preguntó por tí con gran delicadeza.

FLOR. Podía ahorrarse ese trabajo.

GIL. Parece que te vió antes de tu salida para Dinard, y nunca le hiciste tan buen efecto. Respirabas salud y alegría.

FLOR. Bien ¿y qué?

GIL. Yo me ensañé. ¡Figúrate! «¿Cómo no habrías de ser ahora dichosa con un marido tan cariñoso, tan obsequioso, tan bueno como Casimiro? No hay otro hogar más feliz. Se adoran, se completan.» ¡Lo que yo exageré!

FLOR. ¿Exagerar? No. ¡Es la verdad pura!

GIL. Ya me entiendes. ¡Te aseguro que fué bien servido!

FLOR. No creo que pueda importarle lo más mínimo.

GIL. ¡Bah! ¡Bah! Siempre es desagradable,—y para un vanidoso como él, no digamos—el verse reemplazado ventajosamente. Es el mismo caso del amigo Marjolin, que acababa de desprenderse por tres mil francos de un cuadrito que el comprador revendió en seguida en veinticinco mil. ¡Un Delacroix legítimo! ¡El bueno de Marjolin lo había tomado por una copia! Para un buen aficionado es una humillación. Y cuando la obra de arte eres tú... un Delacroix de carne, el hecho es más humillante todavía. Además, Jobelin se da cuenta de ello. Cuando le pregunté si no volvía á casarse... «No, por Dios! —me dijo—¡la echaría muchísimo de menos!»

FLOR. Hablemos de otra cosa.

GIL. ¡No quieras saber las alabanzas que luego hizo de tí!

FLOR. ¡Ya era hora!

GIL. Y una completa confesión de sus culpas. «No supe apreciarla en cuanto valía hasta que la perdí. La engañé indignamente y he merecido su venganza. Ojo por ojo y diente

por diente. Si es verdad que mi sucesor me llama imbécil...»

FLOR. ¿Casimiro?

GIL. «...razón no le falta. Pero no le aconsejaría que lo repita ante testigos.»

FLOR. ¿Trata de provocar á Casimiro?

GIL. No. Pero ya ves que está celoso.

FLOR. ¡Un hombre á quien sorprendí con mi doncella!

GIL. Lo cierto es que no se acostumbra á vivia sin tí. Terminó asegurándome que te conserva el más sincero afecto, y que si algunr vez puede demostrártelo...

FLOR. Gracias. No hace falta. Calla. Es Casimiro.

ESCENA VI

FLORENCIA, GILBERTA y REVILLON

REV. (Saliendo del despacho.) ¡Hola! ¡Es Gilberta! Buenos días, cuñadita.

GIL. Buenos días, Casimiro.

REV. (Con cartas y tarjetas en las manos.) ¿Qué es esto? ¿No me das un abrazo? Por supuesto, ¿almorzarás con nosotros?

GIL. Sí.

FLOR. (Abriendo sobres de cartas y tarjetas.) Se quedarán ella y Oliverio.

REV. ¿Qué tal el ilustre abogado?

GIL. Mejor que nunca.

REV. (Leyendo una carta.) ¡Anda! «¡Potard!»

GIL. }
FLOR. } ¿Potard?

REV. Sí. Un primo mío.

FLOR. ¿Tenemos un primo que se apellida Potard?

REV. Y de nombre Estanislao.

GIL. ¡Uf! Estanislao.

FLOR. No me habías dado cuenta de esta desgracia doméstica. ¿Y de dónde sale ahora ese primo que yo no conozco?

REV. ¡Como que está siempre dando la vuelta al mundo!

FLOR. ¿Para sus negocios?

REV. No, por gusto. Tiene la manía de los viajes. Está en París desde hace algunos días. Ha sabido nuestro regreso y me anuncia su visita para esta mañana. ¿Le convido á almorzar?

FLOR. Si es de tu agrado...

REV. Sí. Es un extravagante, pero buena persona.

GIL. En fin, yo salgo. ¿Tú vienes? (A Florencia.)

FLOR. ¿Dónde vas?

GIL. A mi casa.

FLOR. No es mi camino.

REV. ¿Eso quiere decir que tú sales también?

FLOR. A casa de la modista. Cuando vuelve una de París no tiene qué ponerse.

REV. Y cuando se marcha igual.

FLOR. ¿Ya empezamos? Está un día muy hermoso; iré á pie.

REV (Leyendo las cartas.) ¡Sí! ¡Siempre almorzaremos á las tres!

FLOR. No, hombre, no gruñas. Media hora nada más.

GIL. Yo, ni veinte minutos.

REV. Os doy de plazo hasta las doce y media.

GIL. Convenido. Seremos puntuales. (Las dos señoras medio mutis. Entra Fabián con una tarjeta.)

REV. (Leyendo la tarjeta.) ¡Estanislao!

FLOR. ¡Potard! ¡Veamos á Potard! (Ella y Gilberta se detienen.)

REV. (A Fabián.) Que pase.

ESCENA VII

DICHOS y ESTANISLAO

EST. ¡Querido Casimiro!

REV. ¡Querido Estanislao!

EST Aquí me tienes otra vez.

REV. Y con un aspecto soberbio. Un poco tostado.

EST. El sol de Africa. (Viendo á las señoras.) Ustedes perdonen.

REV. (Presentando á Florencia.) Mi mujer.

FLOR. Ahora estaba diciéndole á Casimiro cuánto sentía no conocerle.

EST. Prima... (Besándole la mano.)

REV. (Presentando á Gilberta.) Mi hermana política la señora de Loysel.

EST. Yo conocí á un Loysel en Italia, hará unos diez años.

GIL. Probablemente mi marido.

FLOR. Con su permiso... tenemos que salir un momento.

EST. Por mí no hagan ustedes cumplidos.

FLOR. Ahora vuelvo. Voy á arreglarme un poco.

REV. Es incorregible. (Riéndose.)

GIL. (Disponiéndose á salir.) Hasta luego, Florencia.

FLOR. (Dentro.) Espera, entra. Verás el vestido que me han traído. (Gilberta entra en el cuarto de Florencia.)

REV. ¡Lo dicho! Hasta las tres no se almuerza hoy en esta casa.

GIL. (Riendo.) No, hombre, no. (Mutis.)

ESCENA VIII

REVILLON y ESTANISLAO

REV. (Sentándose é invitando á Estanislao á sentarse.) No sabes cuánto me alegro de verte. ¿Un cigarrillo? ¿Seguirás fumando sin cesar?

EST. Más que nunca; pero sólo de mi tabaco.

REV. ¿Tabaco de Oriente?

EST. Sí.

REV. ¿De Constantinopla?

EST. No, del Cairo.

REV. ¿Entonces vienes de Africa?

EST. Después de seis meses de residencia en el Japón.

REV. Asombroso país, ¿verdad?

EST. ¡Ya lo creo!

REV. ¡Qué progreso!

EST. ¡Los japoneses! ¡Nos creen atrasados!

REV. (Riendo.) ¡Es curioso!

EST. Y en algo no les falta razón. Por ejemplo, con las mujeres.

REV. A propósito, ¿qué te ha parecido la mía?
EST. ¿Tú mujer? ¡Encantadora!
REV. ¿Verdad que sí? Pues figúrate que se casó en primeras nupcias con un imbécil que la obligó á pedir el divorcio. Luego se casó conmigo.
EST. Resolución ociosa, por cierto.
REV. ¿Por qué?
EST. ¿A qué casaros, si al fin tendréis que separaros cuando os canseis? ¿Para qué exponerla á divorciarse por segunda vez?
REV. ¡Vaya una teoría! ¿Por qué ha de divorciarse?
EST. A poco que la ley ayude, es la terminación lógica del matrimonio.
REV. Entonces, ¿qué? ¿El concubinato?
EST. ¡Esa es la fija!
REV. ¡Ah!
EST. Y al fin va imponiéndose. Dentro de algunos años no se conocerá otra cosa. Siempre será más útil que el matrimonio, que es el gran corruptor de las costumbres.
REV. (Riéndose.) Por tí no pasa el tiempo.
EST. Como todo lo que es contrario á las leyes de la naturaleza.
REV. ¡Ah! ¿Es contrario?...
EST. La naturaleza no hizo á la mujer para un solo hombre, ni al hombre para una sola mujer. Creó los dos sexos y les dijo: «Hijos míos, uníos y desuníos cuantas veces os viniere en gana. ¡Pero, por Dios, no os estacioneis!» ¡Y he aquí ahora una institución caduca aspirando á imponerles la felicidad perpetua! Imposible que dure. La naturaleza encadenada se rebela. Y bajo la oficial etiqueta de la monogamia conyugal, todos los hogares son polígamos.
REV. ¿Todos? (Riéndose.)
EST. O casi todos.
REV. ¿Incluso el mío?
EST. Ahora no digo, pero más adelante...

ESCENA IX

DICHOS, FLORENCIA y GILBERTA, dispuestas á salir á la calle. ADELINA va y vuelve trayendo á Florencia diversos objetos: los guantes, el portamonedas, etc.

REV. Vengan ustedes, señoras. Escuchen á Estanislao, que está predicándome el concubinato.

FLOR.
GIL. } ¡Ah!

REV. Y la poligamia.

EST. Consecutiva, ¿eh? no en bloque.

FLOR. Y en provecho del sexo masculino, naturalmente.

EST. Perdone usted. Y del suyo también.

GIL. Por lo menos ya es equitativo.

REV. En resumen: el amor libre.

EST. ¡Eso!

FLOR. (A Revillon.) La lástima es que para nosotros llega ya tarde.

EST. Desgraciadamente. No hay otro sistema. El contrato verbal, rescindible siempre á voluntad de las partes.

FLOR. ¡Pero este primo nuestro es de una inmoralidad aterradora!

EST. Háblale... digo, háblele usted...

FLOR. No, está bién. Con esas ideas se puede tutear á todo el mundo.

EST. Bueno, pues háblale de moral á un hombre que acaba de dar la vuelta al planeta.

FLOR. ¿Y eso qué?

EST. He visto morales para todos los gustos, de todos los colores; moral blanca, negra, encarnada, amarilla... Según el clima, la religión y la raza. Y respecto de las relaciones entre ambos sexos, todas las morales difieren de la de ustedes.

FLOR.
GIL. } Un ejemplo.

EST. ¿Ejemplos? Ahí está el Zambeze, donde

abunda tanto el bello sexo, que las damas de allí me oían con desprecio cuando les dije que en Francia no tiene cada hombre nada más que una mujer. Al contrario que en Ceylán, donde las mujeres, como son muy solicitadas, se desternillaban de risa ante la idea de que las señoras de París se contentasen con un marido.

GIL. Esto es más comprensible.

FLOR. Vamos, vamos; ¡qué horror!

EST. En las fuentes del Misuri, un jefe de tribu estuvo á punto de asesinarme porque rehusé el ofrecimiento de su esposa.

FLOR. } GIL. } (Riendo.) ¡Ah!

EST. Cosas de la etiqueta. Todo depende de la moda y de la costumbre, como nuestros saludos, nuestros apretones de manos y nuestras fórmulas de cortesía, que nadie toma en serio.

REV. Sin embargo...

EST. ¡Nada, nada! «Tengo el gusto de aprovechar esta ocasión de reiterarme su devoto amigo y atento seguro servidor que besa su mano...» Y al firmar la carta dices para tu coleto: «Valiente pillo está.» Todo convencional: la moral como la cortesía. (Pausa.)

FLOR. (A Estanislao.) ¿Te quedarás á almorzar con nosotros?

REV. Naturalmente.

GIL. ¿Y nos contará usted historias de salvajes?

EST. Bien quisiera; pero me aguarda mi ama de llaves.

REV. ¿Tu amor libre?

EST. ¡Tiene sesenta años!

FLOR. } GIL. } Basta.

EST. No es que yo desdeñe los amores seniles, de los cuales hay gloriosos ejemplos.

REV. Abraham.

EST. Y más recientemente Rousseau, el hombre de la naturaleza, con su Teresa...

REV. Que no dejaba de engañarle todos los días.

FLOR. La mujer de la naturaleza.

REV. Pues no te valen argumentos. Almuerzas con nosotros.

FLOR. No hay disculpa posible.

REV. En mi despacho tengo teléfono. Puedes avisar. (Señalando el lugar.)

EST ¿Quién se resiste á tanta amabilidad?

FLOR. ¡Nada, nada! ¡Al teléfono!

REV. Pasa. (Le hace pasar delante y entra con él en el despacho.)

FLOR. ¡Vaya unas ideas!

GIL. En algunas cosas no le falta razón. (Va hacia el fondo.)

FLOR. ¿Sales por ahí?

GIL. Sí. He dejado el automóvil á la puerta del jardín.

FLOR. No tardes, ¿eh?

GIL. No, no, pierde cuidado. (Mutis por el foro. En el mismo instante aparece Revillon que vuelve del despacho, se dirige á Florencia y la estrecha en los brazos.)

REV. ¡Me parece que hoy no te he abrazado aún!

FLOR. ¡Mala memoria!

REV. Bueno, pues me ha sabido á poco. (Vuelve á abrazarla.) ¡Qué alegría volver á hallarnos en nuestra casita!

FLOR. Sin embargo, en el viaje no nos fué mal.

REV. ¡Estás preciosa!

FLOR. (Riendo.) Bueno, bueno. Voy á ponerme el sombrero. (Coge el sombrero.)

REV. (Fijándose en el desorden de los papeles en la mesa.) ¡Qué revoltijo!

FLOR. Si lo arreglas será un gran favor. Buscaba una factura...

REV. ¿Una factura?

FLOR. Sí, para enseñarla á Hortensia, que acaba de marcharse.

REV. (Mirando al fondo del escritorio antes de tirar del cajón.) ¿Y no la encontraste?

FLOR. No.

REV. En el fondo hay una.

FLOR. ¿Una factura? (Deteniéndose.)

REV. (Sacando el papel señalado del fondo del cajón.) No. Es un *petit bleu.*

FLOR. ¿Un *bleu?* (Vagamente inquieta.)

REV. Sí. Estrujado, desgarrado...

FLOR. Trae. (Coge el papel en la mano.) Sin fecha. «Z. Z. Z. Lista de Correos.»

REV. (Revolviendo papeles en los cajones.) ¿Y la firma?

FLOR. No tiene.

REV ¿Cómo es eso? (indiferente.)

FLOR. ¡Qué sé yo!

REV (serio.) ¿Y qué hacía en ese mueble?

FLOR. No sé... Es un escritorio antiguo que compré en el Hotel de Ventas poco antes de nuestra boda.

REV. ¿En el Hotel?

FLOR. (Poniéndose los guantes.) Sí. En la almoneda de los muebles de una entretenida. Sin duda, al vaciar los cajones se le caería este papel al fondo.

REV. (Alegremente.) ¡Es curioso!

FLOR. No tiene importancia.

REV. A ver, á ver... (Coge el papel.) ¡Caramba! ¡Qué mal escrito está! (Leyendo.) «¡Tesoro mío!»

FLOR. (Fingiendo buen humor.) ¡Uf! «¡Tesoro mío!» ¡Qué cursi es eso! Mira. Te prohibo llamarme así: «¡Tesoro mío!»

REV (Leyendo.) «Tengo que ausentarme precipitadamente.»

FLOR. Una excusa.

REV. (Leyendo.) «¡Qué triste se quedará nuestro cuartito de la calle de la Tour! Estaré de regreso el catorce. No quiero que este año dejemos de celebrar la fiesta.»

FLOR. ¿Y no hay fecha?

REV. No. «Tenía yo razón al no querer acompañarte á pie á la luz de la luna. Nos vió el imbécil de Marechal. Gracias á que él no se lo dirá á tu marido.»

FLOR. No falta ni el marido. Es todo un drama.

REV. «Si, como me han dicho, os váis el veintinueve ó treinta, en los baños nos encontraremos. Adiós, angel mío.»

FLOR. (Riendo.) Ahora: «Angel mío» ¡El vocabulario es de una novedad!

REV. «Te abrazo, como te adoro, fuertemente, furiosamente, locamente...»

FLOR. Si el gesto no es más vibrante que el estilo...

REV. No seas maliciosa.

FLOR. En fin, se hace tarde. Me voy á casa de la modista.

REV. (La ha seguido y la estrecha en los brazos.) ¿Para qué sales?

FLOR. Para componerme y agradarte

REV. ¡Y á los demás también!

FLOR. Naturalmente. Pero mientras no haga más que gustarles...

REV. Así lo espero.

FLOR. ¡Nunca sabrás tú cuanto te quiere tu mujercita!

REV. Te pago con creces.

FLOR. No blasfemes. Ea, adiós.

REV. ¿Vendrás pronto, angel mío?

FLOR. (Desde la puerta.) Sí, tesoro mío. (En el momento de salir ella entra Estanislao que vuelve del despacho.)

ESCENA X

REVILLÓN y ESTANISLAO

REV. (Volviendo junto á la mesa.) ¿Ya has concluído?

EST. ¡Uf! Los árabes desde un desierto á otro se comunican con mayor rapidez. ¡Demonio con las telefonistas!

REV. Toma. Aquí tienes un documento en apoyo de tus teorías antimatrimoniales. (Le da el «petit bleu».)

EST. ¿Este *petit bleu?*

REV. (Empezando á arreglar papeles y cajones.) Estaba perdido en el fondo del escritorio de Florencia. Es una carta de amor á una mujer casada.

EST. ¿A la tuya?

REV. ¡Hombre, no seas bárbaro! ¡Vaya una pregunta! ¿Por qué á la mía?

EST. Si el mueble es de ella...

REV. Pero lo compró en el Hotel de Ventas, y había pertenecido á una aventurera.

EST. ¿Casada?

REV. ¡Claro!

EST. (Sentándose.) Vamos, un marido complaciente.

REV. No, por cierto. Se ocultan de él. (Después de reflexionar.) En realidad... sí, es extraño... ¡Una *profesional* que se hace dirigir las cartas á la lista de correos por miedo al marido!

EST. Y á la cual el amante da una cita en los baños... ¿Tú vas á baños?

REV. Supongo que no tendrás la pretensión...

EST. Yo nada afirmo. Indago solamente. ¿Vas á baños?

REV. Sí. A Dinard después del Grand Prix.

EST. ¿Y la fecha?

REV. Carece. (Poniendo el cajón sobre la mesa.)

EST. En el sello.

REV. Solo quedan dos terceras partes.

EST. (Sacando un lente del bolsillo y tratando de descifrar lo que queda del sello.) «... la Bolsa.»

REV. Sí. La estafeta de la Bolsa.

EST. «Ocho Ju...»

REV ¿Ju...? Julio.

EST. O Junio.

REV No, Julio. Anuncia que volverá para el catorce. Será patriota. ¡El catorce de Julio, la fiesta nacional!

EST. ¿Prefieres Julio?

REV. ¡Si está clarísimo! Y dice que irán á los baños á fines del corriente. A fines de Julio. Cuando mi mujer y yo llevamos ya un mes en Dinard. De modo que por esta vez te has pasado de listo. (Se inclina y mira al fondo del escritorio donde halló el papel.)

EST. Ahora aún no; pero ya hablaremos.

REV. (Coge una vela y la enciende para ver mejor en el fondo del mueble.) ¿Quieres no insistir? Con tus endiabladas ideas me habías dado un mal pensamiento. ¡Pobre Florencia! ¡Sospechar de ella! Gracias á que la fecha me ha tranquilizado.

EST. ¿Y para qué esa antorcha?

REV. Busco el pedacito que falta.

EST. Si ya estás convencido.

REV. No importa.

ESCENA XI

DICHOS y OLIVERIO

OLIV. (Entra y se dirige rápidamente á Revillón.) ¡Hola, cuñado!

REV. (Estrechándole la mano.) ¿Qué tal, Oliverio? Buenos días.

OLIV. Un viaje magnífico, ¿eh?

REV. (Que sigue examinando el mueble con la luz en la mano.) ¡Soberbio!... Te presento á mi primo Potard.

OLIV. ¡El amigo Potard! Somos antiguos conocidos

EST. Ya lo creo. (Se dan la mano.)

OLIV. Hicimos juntos el viaje de Roma á Nápoles. Visitamos Pompeya, el Vesubio...

EST. Lo menos hará diez años.

OLIV. ¡Cómo vuelve la gente á encontrarse! (Fijándose en Revillon que sigue examinando el escritorio.) ¿Qué buscas?

EST Un documento.

REV. ¡Nada! ¡No veo nada!

EST. (A Oliverio.) A propósito. Para aclarar las dudas están los abogados. (Enseñándole el «petite bleu».) ¿Qué dice aquí? ¿Junio ó Julio? (Le entrega el lente.)

OLIV. (Después de un examen minucioso.) Junio.

REV ¿Junio? (Apagando rápidamente la bujía.)

OLIV (Cerciorándose.) Evidentemente. Se distingue de un modo claro el rasgo superior de la ene. (Los tres miran el «petit bleu».) Fíjate. (Pasa el lente á Revillón.)

REV. No lo veo tan claro. ¿Y tú? (A Estanislao.)

EST. Yo tampoco.

REV Además, es imposible que sea Junio.

OLIV. ¿Por qué?

REV. Dice ahí que volverá para el catorce. El catorce de Julio.

EST. O de Junio.

REV. No: porque añade que no quiere dejar de celebrar la fiesta. Y, ya se sabe, cuando los

franceses decimos la fiesta, nos referimos al catorce de Julio.

OLIV. (Volviendo á tomar el lente.) Pero es que aquí no dice la fiesta, sino «tu fiesta».

REV. ¿Y cuál puede ser su fiesta?

EST. ¿Cuál ha de ser? Su fiesta onomástica.

REV. (Mirando cuidadosamente el papel con el lente.) Sí, está medio borrado; pero parece que dice «tu»... ¡Ah, miserable! (Con gran exaltación.)

OLIV. ¿Qué tienes?

REV. Su fiesta onomástica, sí. No cabe duda. ¡El veinte de Junio es el santo de Florencia!

OLIV. (Aterrado.) ¡Florencia! ¡Era ella!

REV Ya lo ves.

OLIV. ¡Pero eso es increible!

REV. ¿Y como explicarnos entonces...?

OLIV. ¡Qué sé yo! Una coincidencia.

REV. (Con una carcajada nerviosa,) ¡Ah!... ¡Sí!... ¡Sí!

EST. Veamos, veamos, No nos atropellemos.

OLIV. Un calendario... Venga un calendario.

EST. (Coge un calendario de encima de la mesa, y los tres lo examinan.) Aquí está.

REV. Sí, hombre, el veinte de Junio. ¡Si lo sabré yo!

OLIV. (Quitando á Estanislao el calendario y remirándolo.) Junio... Junio...

EST. Ahí. (Señalando. Los tres miran el calendario.)

REV. No busqueis. El veinte, el santo de Florencia.

EST Pero hay otros santos que el de tu mujer.

OLIV. ¡Ya lo creo! Del quince al veinte, Santa Olga...

EST. Santa Marina...

OLIV. Santa Alicia...

EST Santa Eloisa...

OLIV. Puede ser una de estas.

REV ¿Y por qué no ella?

EST, OLIV. ¡Calma! ¡Calma!

REV. ¿Y nuestra marcha anunciada para fines de mes? Precisamente el veintinueve de Junio salimos para Dinard. ¿También esto es una coincidencia?

OLIV. ¿Por qué no?

REV. ¿Y esto también?

OLIV. / EST. ¿El qué?

REV. La luna.

EST. / OLIV. ¿La luna?

REV. Sí, una luna acusadora, la misma que hizo que les viera el señor de Marechal. Vedlo, vedlo. El diez de Junio luna llena. (*Se levanta.*) ¡Luna llena! ¡Me parece que más claridad!... (*Pasa rápidamente á la derecha.*)

OLIV. (*Siguiéndole.*) Pero la luna no brilla solo para tu mujer.

EST. Y aquella noche alumbraría otras muchas citas. (*Los tres en pie á la derecha de la escena.*)

REV. ¡No y no! ¡Os digo que no!

OLIV. (*Viendo á su mujer que entra.*) ¡Chist! ¡Gilberta!

ESCENA XII

DICHOS y GILBERTA

GIL. (*Entrando muy alegre.*) Aquí estoy ya. Antes que Florencia. (*Viendo el escritorio en tan gran desorden.*) Muchas gracias. (*Á Revillón.*) ¿Es así como tratas el escritorio de la abuela?

REV (*Después de hacer una señal á los otros para que callen; avanza y dice fingiendo sonreir.*) ¿Cómo? ¿Este armatoste?

GIL. Sí. De la abuela.

OLIV. ¿Estás segura?

GIL. Ya lo creo. Cuando yo tenía seis años, guardaba en el cajón de abajo los vestidos de mi muñeca. Ahora mismo vengo y pongo esto en orden. (*Entra riendo en el cuarto de Florencia.*)

ESCENA XIII

DICHOS, menos GILBERTA

REV. ¿Todavía os atreveréis á defenderla?

OLIV. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

REV. ¿Era este el mueble que había comprado en

el Hotel de ventas? ¡Miserable! ¡Ella misma se denuncia!

OLIV. ¡Vamos, vamos, querido!

REV. Y ahora mismo, ¿sabeis donde está?

EST. En casa del amante.

REV. ¿En la calle de la Tour? No. Es muy lejos. En la estafeta de la Bolsa, sin duda, á recoger la carta. (A Oliverio.) ¿Tienes abajo el automóvil?

OLIV. Sí.

REV. Entonces llegaré antes que ella.

OLIV. Pero...

REV. ¡Infame! ¡Infame! (Sale exaltadísimo por la derecha.)

OLIV. (A Estanislao.) No le deje usted. Va á dar un escándalo. Yo esperaré á Florencia para avisarla. ¡Pronto! ¡Pronto!

EST. ¡Tenía que suceder! (Sale precipitadamente por la derecha.)

ESCENA XIV

OLIVERIO y GILBERTA

GIL. (Entrando.) Ya tarda Florencia. ¡Ah! ¿Dónde se han ido esos?

OLIV. ¡Has estado bien inoportuna!

GIL. ¿Yo?

OLIV ¿Qué necesidad tenías de decir que era el escritorio de la abuela?

GIL. Pero si es verdad.

OLIV. Razón de más para callártelo.

GIL. ¿Eh?

OLIV. Casimiro ha encontrado en ese mueble un *petit bleu* dirigido a Florencia...

GIL. ¿Y qué?

OLIV. Por su amante.

GIL. ¿Un amante Florencia? ¡Mentira! ¡Mentira!

OLIV. Te digo que...

GIL. ¡Falso de toda falsedad! Respondo de ella como de mí.

OLIV Pues si no tienes más seguridad en tí que en ella, ¡me he lucido!

ESCENA XV

DICHOS y FLORENCIA

FLOR. (Entrando por el foro.) Ya estoy de vuelta. ¡Ah! ¿Eres tú, Oliverio? (Se dirige á estrecharle la mano.)

GIL. ¡Pobre Florencia!

FLOR. ¿Qué ocurre?

GIL. ¿No has encontrado á Casimiro?

FLOR. No. He entrado por el jardín.

OLIV. Pues salió á buscarte.

FLOR. ¿A casa de la modista?

GIL. ¡Qué modista!

OLIV. A la plaza de la Bolsa. (Florencia le mira estupefacta sin comprender.) Al correo... una carta.

FLOR. ¿Qué carta?

GIL. De tu amante.

FLOR. (Indignada.) ¿Mi amante?

GIL. ¿Lo ves? (A Oliverio.)

OLIV. Ese *petit bleu* que halló en el escritorio.

FLOR. El... el...

OLIV Sí.

FLOR. ¡Dios mío, Dios mío! (Anonadada.)

GIL. ¿Era verdad?

FLOR. ¿El qué?

GIL. Que tienes un amante.

FLOR. ¡Pero esto es intolerable!

GIL. Sin embargo...

FLOR. Es antiguo ese papel.

OLIV. ¡Ah!

GIL. ¿Antiguo?

FLOR. (Pasando á la derecha.) Fué al otro.

GIL. y OLIV. ¿A quién?

FLOR. ¡Al otro! ¡Al imbécil! ¡A mi primer marido!

GIL. y OLIV. ¿A Jobelin?

FLOR. ¡Sí; á Jobelin!

GIL. ¡Qué felicidad!

FLOR. ¿Y pudísteis creer?...

GIL. y OLIV. Sí.

FLOR. ¡Pero es intolerable! ¡A Jobelin, sí! ¡Era natural! ¡Lo merecía! Pero, ¿á Casimiro? ¿A mi

Casimiro adorado?... ¿Y él lo habrá creído también?

GIL. y OLIV. Sí.

FLOR. ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!

GIL. (Siguiendo con Oliverio á Florencia, que pasa á la izquierda.) Cálmate. Puesto que eres inocente...

OLIV. Lo demostraremos.

GIL. ¡Ya lo creo que lo demostraremos!

FLOR. Pero, ¿cómo, cómo? ¡Sin fecha, sin firma, todo me acusa!

GIL. ¿Tendrás alguna prueba?

FLOR. ¡Ninguna! ¡Absolutamente ninguna!

OLIV. Sus cartas.

FLOR. Todas las quemé. ¡Sólo esa quedó olvidada! ¡Tenía que suceder! ¡Era yo demasiado dichosa!

GIL. Conque tú le jures...

FLOR. ¡No me creerá!

OLIV. Cualquier testigo...

FLOR. ¡Tampoco! ¡Tampoco! (Después de reflexionar.) ¡Ah! Sí. ¡Hay uno!

GIL. y OLIV. ¿Cual?

FLOR. ¡Jobelin!

OLIV. ¡Cómo! ¿El sabía?...

FLOR. Entonces no; pero luego tal vez.

GIL. ¿Y de qué manera puede haber sabido?...

FLOR. ¿No estás viendo cómo todo se descubre al fin?

GIL. ¿Y en qué fundas tu esperanza?

FLOR. En lo que él te dijo. «La engañé indignamente y he merecido su venganza. Ojo por ojo y diente por diente.»

GIL. ¡Es verdad!

OLIV. ¿Eso dijo?

GIL. Eso dijo.

OLIV. Pues, nada, conque Jobelin lo certifique...

GIL. ¡Estás salvada!

OLIV. Pero, ¿y si se niega?

GIL. ¿Con qué objeto?

FLOR. No estoy en el caso de elegir. Es mi único recurso. (A Gilberta.) Llama. (Gilberta toca el timbre.) ¡Oliverio, querido Oliverio, no me niegues tu ayuda!

OLIV. ¡Con toda el alma!

FLOR. Es preciso buscar á Casimiro. El pobre estará inconsolable. Hay que sacarle de su error.

OLIV. Descuida. Yo me encargo de ver al otro.

FLOR. Si, sí. ¡Qué bueno eres! (A Gilberta.) ¡Qué bueno es!

OLIV. Está dicho.

FLOR. (A Gilberta.) Tú, ven conmigo.

ADEL. (Entrando.) ¿Llamaba la señora?

FLOR. Sí. Almorzaremos en casa de mi hermana.

ADEL. ¿Quiere usted el coche?

FLOR. No, tengo el automóvil abajo. (Adelina se inclina y sale.)

GIL. ¿Dónde vamos?

FLOR. A casa de Jobelin.

GIL. ¿Tú?

FLOR. Sí, yo, antes que Oliverio, y sin que Casimiro lo sepa.

OLIV. Esa visita...

GIL. Será muy penosa para tí.

FLOR. Me es igual. Para probar mi inocencia, visitaría al Demonio en las mismas llamas del infierno. (Mientras Oliverio coge su sombrero, Florencia se pone el abrigo.)

GIL. Pero, ¿cómo pudiste tú hacer una cosa así?

FLOR. ¡Me aburría! ¡No sabes qué vida llevaba!

GIL. ¿Y rompiste con él antes de volver á casarte?

FLOR. ¡Claro! ¡Si no le podía aguantar!

GIL. ¡Oh! ¡Las pasiones!

OLIV. (Al foro.) En marcha.

GIL. ¡Vamos al asalto de Jobelin!

FLOR. ¡Va á quedarse asombrado! (Mutis.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Un salón en el primer piso del Hotel de Jobelin, en la Avenida Henri Maitín. A la izquierda, puerta á la antesala. A la derecha, una escalerita que conduce al segundo piso. En primer término, á la izquierda, puerta por donde se entra á la sala de billar. Primer término á la derecha, en línea oblícua una gran ventana que ocupa casi todo el lado. Al través de los vidrios distínguese el jardín, la verja de entrada y los árboles de la avenida. En segundo término, puerta al despacho de Jobelin. A la derecha, un canapé; á la izquierda, una mesa.

ESCENA PRIMERA

JOBELÍN OSCAR y HORTENSIA. Toman el café después del almuerzo. Jobelin y Oscar fuman. Jobelin esté sentado en el canapé, Hortensia en una butaca y Oscar en pie

JOB. Puedes llevarte mi coche, querida Hortensia. Si esta tarde salgo, iré al Círculo á pie ó de paseo en bicicleta hasta Saint-Cloud.

HOR. Gracias, tío. ¡Tengo hoy tanto que hacer! ¡Hasta que acabemos de amueblar!

JOB. Pero, ¿todavía andamos así?

HOR. El despacho de Oscar, nuestro cuarto, el comedor, ya están concluídos. Pero en la galería y en el gabinete siguen los tapiceros.

OSCAR ¡Y que van poniéndose bien pesados!

HOR. (A Jobelin.) No he podido encontrar unas telas á gusto de usted y mío.

JOB. Conque te agraden á tí, basta.

HOR. Prefiero tomar consejo de usted. ¡Tiene usted un gusto tan exquisito!

JOB. (*Satisfecho de la lisonja.*) Es verdad que en materia de muebles paso por competente...

HOR. Como en todo. Para juzgar de la elegancia de una mujer no hay otro juez mejor.

OSCAR La costumbre de frecuentarlas.

HOR. Y su intimidad con las más distinguidas...

JOB. (*Cada vez más satisfecho.*) ¡Por Dios!

HOR. Por mi parte, Oscar puede decirlo, nunca me encuentro satisfecha de ningún vestido nuevo hasta que usted me felicita. Hace pocos días advertí un gesto de usted al verme con cierto sombrero malva...

JOB. ¿Sí?

HOR. Al volver á casa lo hice pedazos y despedí á la modista.

JOB. Es demasiada severidad.

HOR. ¿Quedamos en que usted me dará su parecer acerca de esas telas?

JOB. ¿Ya las has encontrado?

HOR. Aun no, pero sé donde buscarlas. Ví en casa de una persona á quien usted y yo conocemos, unas que creí que á usted le agradarían y me dirigí al momento á preguntarla donde las adquirió.

JOB. ¿A quién te refieres?

HOR. A la señora de Revillon.

JOB. ¿Florencia?

HOR. ¿Le disgusta que haya seguido tratándola?

JOB. (*Con viveza.*) No por cierto, no. Por el contrario, yo mismo deploro haber perdido toda relación con ella.

HOR. ¿No le guarda usted rencor?

JOB. ¿Por nuestro divorcio? Yo fuí el solo culpable... Además... eso es la vida, unirnos y separarnos... Todo caballero debe siempre cierta gratitud á una mujer, por las horas felices que juntos pasaron. Suceda lo que suceda, este recuerdo debe imponerse todo.

HOR. ¿La echa usted de menos?

JOB. ¿Qué quieres? No supe apreciar su mérito hasta que la perdí. Muchas rivales le dí, es verdad, pero siempre era ella la preferida.

Ahora no ceso de envidiar á mi sucesor... que, entre paréntesis, sé que me llama imbécil...

HOR.
OSCAR } ¡Oh!

JOB. ¡Ya me las pagará!

HOR. (En pie.) En fin, voy á elegir las telas. Traerán las muestras á las cinco. Si es usted tan amable que accede á verlas...

JOB. ¿Por qué no? ¡Ya lo creo!

HOR. (A Oscar.) ¿Tú sales?

OSCAR (En pie.) No. Tengo que entregar pasado mañana un trabajo y voy á concluirlo mientras estés fuera. Suponiendo que los tapiceros con su algarabía me lo permitan...

JOB. (En pie.) Quédate en mi despacho y estarás más tranquilo.

OSCAR Si usted lo consiente..

JOB. Con mil amores. Si recibo alguna visita, seguramente no te disgustará...

OSCAR Seguramente... Entonces voy á buscar...

HOR. No te molestes. Tengo que darle las últimas instrucciones al tapicero... De paso diré que bajen tus papelotes por la escalera de servicio.

JOB. (A Oscar pasándole una caja de cigarros.) Toma cigarros.

OSCAR Gracias. (Coge los cigarros y entra en el despacho. Suena el timbre de la puerta de la casa.) ¿Visitas? Me largo... Conque á las cinco. (Se dispone á salir por la escalera del foro.)

JOB. (Besándole la mano.) A las cinco.

HOR. (Ya subiendo mientras Oscar entra en el despacho.) Es usted el mejor de los tíos. Si no quisiera tanto á Oscar, le adoraría á usted.

JOB. (Después del mutis de Hortensia. A solas.) ¡Es una mujercita encantadora! ¡Y además tan inteligente!

JUL. (Entrando por el vestíbulo trayendo una bandeja con tarjetas.) Estas señoras preguntan si el señor puede recibirlas.

JOB. (Leyendo las tarjetas.) ¡La señora de Revillon!... ¡Florencia aquí!... ¡Cosa más rara...! Que entren, que entren esas señoras.

ESCENA II

JOBELIN, FLORENCIA y GILBERTA

JOB. (Avanza apresuradamente al encuentro de ambas damas; saluda con una reverencia á Gilberta y se dirige complacido á Florencia.) ¡Señora! ¡Qué agradable sorpresa!

FLOR. Comprendo, caballero, que mi visita le llene de asombro. Efectivamente, es extraordinaria.

JOB. Para mí no es extraordinario nada que pueda ser grato á usted... Háganme el favor de sentarse. (Se sientan en el canapé.)

FLOR. Sus amables palabras confirman lo que me refirió Gilberta... La habló usted de mí en términos tan bondadosos...

JOB. Mejor dirá usted «afectuosos» ó esta señora interpretó mal mi pensamiento.

GIL. Afectuosos; eso le dije.

FLOR. Y se brindó usted tan cortesmente á serme útil, si algún día lo necesitaba...

JOB. Claro que sí.

FLOR. Que me he apresurado á cogerle la palabra.

JOB. ¡Me colma usted de dicha! Si pudiera reparar en algo las muchas faltas que reconozco haber cometido contra usted... (Se sienta á su lado en una butaca.)

FLOR. No hablemos de eso.

JOB. Sí, sí, al contrario, hablemos... No he cesado de deplorar mis torpezas. Las sufrió usted todas con una paciencia angelical.

FLOR. ¡Por Dios! ¿Angelical?

JOB. Sin incurrir en la menor ligereza de que poder acusarse. Ni el más leve coqueteo.

FLOR. ¡Ay!... ¡Sí, Felipe, sí!

JOB. Cómo .. ¿Coqueteaba usted?

FLOR. ¡Ay!... ¡Sí, Felipe, sí!

JOB. Pero, ¿un coqueteo serio?... ¿Algo verdaderamente importante?

FLOR. ¡Muy serio, Felipe, mucho!

JOB. (Humillado.) Si ha sido solamente para contarme esto para lo que ha venido usted...

FLOR. No, Felipe. Y crea usted que no es por mi gusto...

JOB. No. Ni por el mío.

FLOR. Yo creí que usted lo sabría.

JOB. ¡Jamás!

FLOR. ¡Como le dijo á mi hermana que había usted merecido mi venganza, que ojo por ojo y diente por diente!...

JOB. ¡Pero lo dije porque no creí que usted tuviese nada que reprocharse!

FLOR. Después de todo... ahora ya... poco puede importarle á usted...

JOB. ¡Caramba! ¡Siempre es humillante! Nunca le gusta á uno saber que ha sido...

FLOR. ¡Felipe!

JOB. ¡Y cuando pienso que usted supo ocultarme su traición!

FLOR. Más generosa fuí yo al ocultar la mía, que usted al hacer ostentación de las suyas.

JOB. (Levantándose y marchando hacia la izquierda.) ¡Si yo hubiese podido imaginar!... ¡No! ¡No! ¡Imposible! (Pausa.) ¿Pero de veras me engañaba usted?

FLOR. Sí, amigo mío. ¡Estoy segura!

JOB. ¡Se necesita que sea usted misma quien me lo diga para que yo lo crea!... ¿Y quién?...

FLOR. ¿Qué?

JOB. ¿El heroe de esa hazaña?

FLOR. ¡Bah! ¿Qué importa su nombre?

JOB. ¿Algún amigo?

FLOR. ¡Naturalmente!

JOB. ¿Acaso el chico?

FLOR. Ni chico ni grande. No he de decirlo.

JOB. Sin embargo...

FLOR. ¡Ha muerto!

JOB. Total, que he estado completamente en ridículo.

FLOR. No, toda vez que nadie lo supo.

JOB. Ya, pero, ¿y luego? ¡Cuando recuerdo que nunca he dejado de citarla á usted en todas partes como modelo de fidelidad!

FLOR. No está usted obligado á desmentirse.

JOB. ¡Pero ante mí mismo me siento avergonzado! Y, la verdad, no se me alcanza el móvil de esta confidencia.

FLOR. Puede usted estar seguro, Felipe, de que le hubiera ahorrado esta confesión...

JOB. Muy desagradable...

FLOR. Si no se hubiera tratado de un caso urgente...

JOB. ¡Ya! ¿Tenía usted prisa de...?

FLOR. Sí.

JOB. (En pie detrás de la butaca.) ¡Es atroz!

FLOR. Vamos á los hechos. Casimiro...

JOB. ¿Casimiro?...

FLOR. Mi marido.

JOB. ¡Ah! ¿Se llama Casimiro? (Zumbón.) ¿Conque Casimiro?

FLOR. Mi marido ha descubierto, por casualidad, un maldito papel... Sí, ya sé lo que va usted á decirme; que esto es inusitado, que ya no sucede. Pues, ya lo ve usted, aun pasa. Un billete olvidado en mi escritorio.

JOB. Adelante.

FLOR. Y que no deja duda alguna acerca de mis relaciones con quien lo escribió. Hace seis años, cuando yo trataba de vengarme, de devolver ojo por ojo y diente...

JOB. Si se hubiera usted limitado á eso...

FLOR. En la carta no hay fecha, y mi marido se obstina por esto, en creer que es reciente... (Jobelin aguza el oído.) que... vamos, que tengo un amante.

JOB. (¡Ah! ¿Existe un amante?)

FLOR. Todas las apariencias me condenan. Las palabras de la carta...

JOB. Pero, ¿hasta el punto de..?

FLOR. Pregunte usted á Gilberta.

GIL. Sí, él se figura que es cosa de este año.

JOB. (Sonriendo.) Conque, ¿de este año? (Volviendo á sentarse en la butaca.)

FLOR. Eso cree él.

JOB. (Sonriendo.) ¡Ya! Comprendido.

FLOR. Y es tan inverosímil...

JOB. En efecto.

FLOR. Yo no tengo modo de desvanecer el error. Ni pruebas, ni testigos. ¡Nada!

JOB. (Alegre.) Siga usted, siga usted.
FLOR. Suponiéndole á usted enterado de...
JOB. Del suceso.
FLOR. Pensé: Sólo hay una persona que pueda afirmar mi inocencia: Felipe.
JOB. ¿Yo?
FLOR. Claro, usted. Es evidente, que si usted dice: «Sí, yo fuí engañado entonces, y esa carta. es de mi tiempo...»
JOB. Sí.
FLOR. Nadie pondrá en duda la afirmación.
JOB. ¡Ya! Perfectamente. Ahora me explico el motivo...
FLOR. De mi visita.
JOB. (Alegre.) ¡Es muy ingenioso! ¡Muy ingenioso!
FLOR. ¿El qué?
JOB. La idea de usted, de que yo sostenga su inocencia.
FLOR. ¿Lo ha entendido usted?
JOB. Por completo. Se trata de hacerle creer á Casimiro...
FLOR. (Rectificándole.) *De demostrarle.*
JOB. (Intencionadamente.) Bueno, de demostrarle que el hecho no es de su tiempo, sino del mío.
GIL. }
FLOR. } ¡Eso!
JOB. (Alegre en extremo.) ¡Muy ingenioso! ¡Muy ingenioso!
GIL. ¡Pero, si es la verdad!
JOB. ¡Por supuesto! Lo que decimos es la pura verdad.
FLOR. (A Gilberta.) No parece creerlo.
JOB. (Como antes.) Comprendido, comprendido. Se trata de tranquilizar á Casimiro, al excelente Casimiro... Pero para que yo pueda ayudar á usted, será necesario que empiecen por dirigirse á mí.
FLOR. Se dirigirán.
JOB. ¿Casimiro?
FLOR. ¡No, él no! ¡Aunque es tan nervioso!... Pero mi cuñado.
GIL. Mi marido.
JOB. ¡Ah! ¿Entra también en la conspiración?
FLOR. ¿De modo que consiente usted...?

JOB. No es muy agradable...

FLOR. ¡Será un favor tan grande!

JOB. Lo creo.

FLOR. ¡Y le quedaré tan agradecida!

JOB. Así lo espero. (Con intención.)

FLOR. ¿Consiente usted?

JOB. (Acercando su butaca al canapé.) Veamos, veamos. ¿Fecha del suceso?

FLOR. El noventa y siete.

GIL. El verano del noventa y siete.

JOB. ¿Y yo como lo supe?

GIL. Un anónimo.

JOB. Una criada despedida será mejor.

FLOR. ¿Celia?

JOB. ¡Celia! ¿Y cuando me pregunten el nombre del afortunado?

FLOR. Lo ha olvidado usted.

GIL. O no lo supo nunca.

JOB. (Riendo.) Si con eso se conforma...

GIL. ¡Sí, sí!

FLOR. ¿Está dicho?

JOB. Está dicho.

FLOR. (Estrechándole la mano) ¡Amigo mío! (Suena el timbre dentro. Jobelin se dirige á la puerta.) Esto se arregla. (Bajo á su hermana.)

GIL. (Bajo á Florencia,) Está convencido de que la víctima es Casimiro...

FLOR. Por eso accede.

CRIADO (Entrando y trayendo dos tarjetas á Jobelin.) Estos señores preguntan por usted.

JOB. (Leyendo las tarjetas.) «Estanislao Potard.» «Oliverio Loysel.»

FLOR. ¿Ya?... ¿Por dónde salimos?

JOB. (Al criado.) Espere usted. (A Florencia.) No se vayan ustedes. Entren en la sala de billar y dejen la puerta entornada.

GIL. ¿Así oiremos?

JOB. (Abriendo la puerta del billar.) Perfectamente.

FLOR. (A Gilberta.) Ven por aquí. (Entran en el billar.)

JOB. (A Gilberta al pasar.) (¡No se quejará su hermana de usted! ¡Lo cargo en mi cuenta.)

GIL. Gracias.

JOB. (Al criado.) Que entren esos señores. (Sale el criado.) ¡Vaya con Casimiro! ¡Ahora se verá quien es el imbécil!

ESCENA III

JOBELIN, ESTANISLAO y OLIVERIO

OLIV. Ante todo, señor Jobelin, rogamos á usted que nos disculpe de presentarnos á estas horas y sin previo aviso.

JOB. Está usted perdonado. El marido de la señora de Loysel tiene siempre mi persona y mi casa á su disposición.

OLIV. (Presentando á Estanislao.) El señor Potard.

EST. Somos doblemente indiscretos por el objeto de nuestra visita.

JOB. (Invitándoles á acercarse.) Ustedes tendrán la bondad de indicarme á qué debo el placer y la honra de... (Se sientan. Estanislao junto á la mesa. Oliverio cerca del canapé. Jobelin en el canapé.)

OLIV. El asunto es algo delicado y vacilo un poco...

EST. Nada de vacilaciones. Este señor es un hombre formal y podemos ir derechos al asunto... (A Jobelin.) Caballero, ¿usted estuvo casado? ¿no es verdad?

JOB. Sí.

EST. ¿Y fué usted engañado?

JOB. Para no distinguirme.

EST.
OLIO. } ¡Ah! (Alegremente.)

JOB. Permitan ustedes; ¡pero esa satisfacción!...

OLIV. Nada hay en ella de ofensivo.

EST. Si tomamos todos estos datos... es...

JOB. ¿Para una estadística?

OLIV. No, para un caso particular.

EST. El de nuestro amigo Revillon.

JOB. ¡Mi sucesor!

OLIV. Y nos llena de júbilo oirle á usted confirmar lo que ya sabíamos.

JOB. ¡Cómo! ¿Ustedes sabían?...

EST. ¡Completamente!

OLIV. Una vez comprobado el hecho, ¿será usted tan amable que nos diga la fecha de aquel accidente?

JOB. ¿La fecha?... Espere usted... Debió de ser poco tiempo antes de mi divorcio... El noventa y siete.

OLIV. El noventa y siete. ¡Muy bien! (Cambia con Estanislao una mirada de satisfacción.)

EST. La cosa duraría todo aquel año, ¿eh?

JOB. ¡Hombre! No puedo precisar la duración con esa exactitud.

EST. ¿Ni siquiera en qué mes?

OLIV. Por ejemplo, si fué en el verano.

EST. El estío es muy favorable á esas crisis conyugales. Los veraneos, las aguas, los baños de mar...

JOB. Y el otoño también. ¡La vida de castillo! ¡La caza!

OLIV. ¡Y no digamos nada de la primavera!

JOB. Yo supongo que el período elegido sería allá en Junio ó Julio...

OLIV. Mejor en Junio.

JOB. ¿Mejor?

EST. Así se desprende de nuestros informes. (Se ponen en pie.)

OLIV. Querido señor Jobelin, no le molestamos á usted más. Solo nos resta darle las gracias.

EST. Y por mi parte felicitarle por la risueña filosofía con que recuerda su desgracia conyugal.

JOB. (Con naturalidad.) ¡Ya ve usted! ¡Una vez divorciado!

EST. Eso no. Yo sé de otros desertores del matrimonio que no se resignaron á tomar con calma ese incidente vulgar y sin importancia.

JOB. Usted es soltero, ¿eh?

EST. Empedernido.

JOB. (Risueño.) Ya se conoce.

OLIV. Tenemos que dar cuenta de nuestra misión á mi cuñado Casimiro, que nos espera á la puerta, y que seguramente le agradecerá tanto como nosotros su respuesta amable y decisiva.

JOB. (Acompañándoles á la puerta.) Mi respetuoso saludo á la señora de Loysel.

OLIV. Lo estimará mucho.

EST. No se moleste usted, señor Jobelin.

JOB. No es molestia. Con mucho gusto. (Sale acompañándoles hasta la antesala y se oye el rum-rum de las frases de despedida.)

ESCENA IV

FLORENCIA; GILBERTA, después JOBELIN. Las señoras salen con con precaución de la sala de billar, que dejan abierta

FLOR. (Después de mirar al foro y muy alegre.) ¿Conque á ver qué dices ahora de mi idea?

GIL ¡Magnífica! Creo que estás salvada.

JOB. (Entra por la antesala y ciera la puerta.) ¿Habrán ustedes quedado satisfechas de mí?

FLOR. No puede usted dudarlo.

JOB. ¿No me guardará usted rencor por lo pasado?

FLOR. No.

JOB. ¿Y una buena amistad en lo porvenir?

FLOR. Sí. (Jobelin la besa la mano con emoción.)

GIL. Ahora vámonos pronto.

JOB. Espere usted á que ellos hayan salido. Desde aquí se distinguirá el automóvil (Les indica la ventana de la derecha. Las señoras se dirigen á ésta y miran desde ella.) Tengan cuidado de no ser vistas.

GIL. Mira á Casimiro en la puerta.

FLOR. (Conmovida.) ¡Pobrecito mío!

GIL. ¡Chist! (La impone silencio. Jobelin se acerca á ellas.) Se dirigen á él; le hablan.

FLOR. El vuelve, ¿por qué?

JOB. Parece que discuten. (Mirando también por la ventana.)

FLOR. ¡Sí! ¡Y él no se muestra satisfecho!

JOB. ¡Al contrario!

FLOR. ¡Tira de ellos! ¡Abre la verja!... ¡Entra!

JOB. ¡Demonio! ¡Esto se complica!

GIL. Querrá hablarle á usted.

JOB. Es probable.

FLOR. ¡Dios mío! ¡Tan bien como iba todo!

JOB. (Con viveza, señalándoles el billar, hacia el cual avanzan.) Pasen ustedes. Hallarán el pasillo... ¡Digo! ¡Si usted conoce la casa como yo!

Escuchan, y si lo juzgan conveniente, salen por el vestíbulo. Si creen mejor entrar... (Suena el timbre.) ¡Ya están ahí! (Las señoras entran en el billar. Florencia sigue un instante á la puerta.) Sale usted al recibimiento, le dice al criado que llame, se hacen ustedes anunciar y llegan como si vinieran de la calle.

FLOR. Sí, sí. (Mutis muy angustiada.)

CRIADO (Entrando.) Esos caballeros.

JOB. ¡Chist! Cierre usted, cierre usted. (El Criado cierra la puerta.)

CRIADO (Bajando la voz.) Los caballeros de antes con otro señor.

JOB. Bueno. Póngase usted á las órdenes de esas señoras y haga cuanto le manden.

CRIADO Está bien.

JOB. Que pasen esos caballeros. (Mutis el Criado.) ¡Me parece que no estoy en mal predicamento con mi antigua mujer!... ¡Quién sabe! ¡Y él me llama imbécil á mí!... ¡Él!...

ESCENA V

JOBELIN, ESTANISLAO, REVILLON y OLIVERIO

OLIV. (Entrando con Estanislao. Les sigue Revillón.) Perdone de nuevo, señor Jobelin; pero aquí no tiene usted otra vez.

EST. Va usted á decir que somos muy pesados.

JOB. De ninguna manera. Pasen, háganme el favor. (Avanzan los tres. Revillon se adelanta y llega entre Oliverio y Estanislao.)

OLIV. Permítame usted que le presente á mi cuñado Revillon. (Saludos muy fríos.)

EST Mi primo agradece á usted la bondad con que atendió nuestro ruego. No vino antes personalmente, por el temor de parecer incorrecto; pero ahora, animado por la amabilidad de usted, desea la aclaración de un punto acerca del cual nada hemos podido contestarle.

JOB. Siempre á sus órdenes. Tengan la bondad de tomar asiento. (Les señala las sillas, pero no se sientan.)

REV. Gracias, caballero. No quisiéramos ser importunos. Nada más dos palabras. He dicho á estos amigos que me sorprende que usted, conociendo los hechos, no los invocara en su favor con ocasión del divorcio, para demostrar que no era el único culpable.

JOB. ¡Bien sencillo! Entonces lo ignoraba. Lo supe hace poco... muy recientemente...

REV ¿Seré indiscreto si pregunto cómo lo supo usted?

JOB. En modo alguno. Por un conducto autorizado.

REV ¿Por...?

JOB. Una muchacha despedida.

OLIV. Naturalmente.

EST. Es lo clásico.

REV. ¿Y esa joven le daría á usted la prueba de su afirmación?

JOB. ¿La prueba?

REV. ¡Claro!

JOB. No se la pedí. La cosa para mí ya no tenía importancia.

REV. Perfectamente. ¿Pero por lo menos algunos detalles?

JOB. Ninguno.

REV. ¿Ni acerca del cómplice?

JOB. No.

REV. ¿Pero siquiera su nombre, su profesión?

JOB Nada, nada.

REV. ¿Ni usted lo preguntó?

JOB. ¿Yo? ¿Para qué?

REV. ¡Se ve que no es usted curioso! (Avanza nerviosamente hacia la derecha y Estanislao le sigue para calmarle.)

EST. Vamos, Casimiro.

OLIV. (A Jobelin.) Nuestro amigo está un poco nervioso.

JOB. (Sonriendo.) ¡Ya lo comprendo!

REV. En fin. Este señor me concederá que lo natural era haber interrogado á la criada. Pudo hacerse eco de rumores sin fundamento.

JOB. (Sonriendo á Estanislao y Oliverio.) No me preocupé lo más mínimo. Todo esto podrá ser de mucho interés para el señor; pero ya ninguno tiene para mí.

OLIV. Es evidente.

REV. Sea. A falta de estos detalles, que este caballero no creyó oportuno averiguar, supongo que no tendrá inconveniente en facilitarnos el modo de interrogar nosotros á la muchacha.

JOB. ¿A Celia? ¡Cualquiera sabe ahora su paradero!

REV. ¿Pero la perdió usted de vista?

JOB. Por completo.

REV. ¿Y no podría decirnos...?

JOB. (Interrumpiéndole.) Permítame usted, pero este interrogatorio...

REV. ¡Siquiera algún indicio!

JOB. (En tono de broma.) Perdonen ustedes; pero nada más puedo contestar no hallándose presente mi abogado. (Se aparta.)

OLIV. (A Revillon.) Tiene razón.

EST. (Al mismo.) Estás abusando.

OLIV. Nos ha dado las pruebas que tenía.

REV. (Avanzando nerviosamente á la izquierda del proscenio.) ¡Qué pruebas! ¡Qué pruebas! ¡El señor no ha probado nada! ¡Se limita á recoger chismes de escaleras abajo! ¡Nada serio! ¡Nada concluyente!

OLIV. Sin embargo, fíjate...

JOB. (Jovial y aproximándose de nuevo.) Señores... les ruego que no insistan. Si este caballero no quiere creer que soy un marido engañado, yo no tengo empeño en pasar por tal.

REV. ¡Pues lo parece!

JOB. (Jovial.) ¡Sí! ¡Sí acabará usted por suponer que me alegro de haberlo sido!

REV. Sí. (Suena el timbre.)

JOB. (Echándolo á broma.) ¡Tiene gracia! (Se dirige al fondo, donde poco después aparece el criado.)

OLIV. (A Revillon.) ¿Qué interés había de tener este señor en...?

EST. Eso, ¿qué interés?

REV. (A media voz.) ¿Quién sabe? ¿Quién sabe?...

Está demasiado risueño. Eso no es natural. ¡Se burla de mí!

OLIV. (Con viveza.) ¡Ea, vámonos!

EST. Sí, porque acabaríamos á bofetadas. (Ha entrado entre tanto el Criado dejando abierta la puerta de la sala, donde se ve á Florencia y Gilberta. El Criado y Jobelin hablan en voz baja.)

JOB. (A Revillon.) Su señora de usted.

REV. ¿Florencia? (Se dirige bruscamente al foro.)

ESCENA VI

DICHOS, FLORENCIA y GILBERTA

REV. ¿Tú? (A Florencia.)

FLOR. Supe que estabas aquí y he venido á buscarte. (Por Jobelin.) Este caballero perdonará mi impaciencia...

JOB. Mucho gusto, señora...

REV. (Interrumpiéndoles.) ¡Basta de cumplidos! Este caballero reconoce ser el marido engañado.

FLOR. (Con viveza.) ¿Lo ves? ¿Ves cómo no soy culpable?

REV. No puedo ver nada, porque este caballero no tiene la menor prueba en que apoyarse.

FLOR. ¿Pero tú no le crees?

REV. No.

FLOR. (Dejándose caer en la butaca de la derecha.) ¡Oh!

REV. Acabemos, señora.

FLOR. ¡No me llames señora! ¡Me da tanta pena!

REV. Sepamos de una vez el nombre que el señor no ha podido decirnos.

FLOR. ¿Qué nombre?

REV. (Mostrando el «Petit bleu».) El del autor.

FLOR. Pero, Casimiro... ¿á qué conduciría?

REV. A darme alguna luz en estas tinieblas.

FLOR. ¿Para qué resucitar un pasado odioso?

REV. Para comprobar que ha pasado.

FLOR. ¡Seis años! ¡Figúrate! ¡Hace ya tanto tiempo!

REV. No lo bastante para que hayas olvidado cómo se llamaba.

FLOR. ¡Ojalá!

REV. ¡Su nombre!
FLOR. ¡Déjame!
REV. ¡Su nombre ó me marcho!
FLOR. Pues bien...
REV. ¡Su nombre...!
FLOR. ¡Durand!
REV. Esto no es decir nada. Durand en Francia, es como en España González. Durand se llama aquí todo el mundo.
TODOS ¡No tanto!
REV. ¿Que no?... Bueno. ¿Y qué hacía ese Durand?
FLOR. Acabo de decirlo.
REV. Sí; pero aparte de eso, ¿en qué se ocupaba? ¿Qué era?
FLOR. Entonces vivía de sus rentas.
REV. ¿Y ahora?
FLOR. Ahora ya no.
REV. ¿Por qué?
FLOR. Porque ha muerto.
REV. (Suelta una carcajada nerviosa y avanza hacia la izquierda, hasta el proscenio.) ¿Te burlas? ¡Muerto! ¡Buena manera de salir del paso!
FLOR. Pero...
REV. Ni cómplices, ni pruebas, ni testigos. ¡Cuéntale todo eso al tonto que te lo crea!
FLOR. Te juro...
REV. ¡Juramentos de mujer! ¡Buena garantía!
FLOR. ¡Escucha!
REV. Acabemos. Una prueba. Demuéstrame que no fué en Junio último.
FLOR. ¿Y cómo?
REV. Eso es cuenta tuya. (A Estanislao.) Dame mi sombrero.
FLOR. (Señalando á Jobelin.) Pero este caballero ya es un testigo.
REV. ¡Vaya un testigo! Este caballero dice que una le dijo que otro le había dicho... Buenas tardes. (Medio mutis.)
FLOR. (Deteniéndole.) ¡Casimiro! ¡Espera, espera!
REV. Está bien.
FLOR. Puesto que me obligas... (Se detiene.)
REV. ¡Pronto! (Ella titubea. El hace ademán de marcharse.)
FLOR. ¡No, no! (Para retenerlo. Con resolución.) ¡Sea lo

que Dios quiera! ¡Hay otro testigo! (Curiosidad general.)

REV. ¿Otro? (Gesto afirmativo de Florencia.) ¿Quién?

FLOR. El que... (Señalando al «Petit bleu».)

REV. ¿Tu amante? ¿Durand?

TODOS ¿Durand?

FLOR. No se llama así... ¡Oscar! (En voz muy baja.

TODOS ¿Oscar? (Bajo.)

REV. ¿Se llama Oscar?

JOB. Como mi sobrino!

FLOR. ¡Ese! (Dejándose caer en la butaca próxima á la mesa y en voz muy baja.)

TODOS ¡Oscar! (Alto. Se abre la puerta del despacho y Oscar asoma la cabeza. Todos se vuelven hacia él.)

OSCAR ¿Qué ocurre?

ESCENA VII

DICHOS y OSCAR

REV. (Por Oscar.) ¿Este mamarracho?

JOB. (A Gilberta.) (¿Era él?) ¡Valiente pícaro! (Alegremente.)

OSCAR (Avanza por la escena, á la derecha, hasta colocarse detrás del canapé y sorprendido de que todos le miren. Creo que me llamaban ustedes.

REV. (Dirigiéndose hacia él.) Sí por cierto. Deseábamos verle.

OLIV. (Interponiéndose.) Permíteme. Tú no tienes bastante sangre fría.

EST. (Idem.) Deja que siga su trabajo la comisión investigadora.

OLIV. (Amablemente después de saludar á Oscar.) Esperamos, caballero, que nos conteste usted á una pregunta un tanto indiscreta.

OSCAR ¿Con quién tengo el honor de hablar?

OLIV. Oliverio Loysel, abogado. No se alarme usted. No vengo en funciones de mi profesión. Acaba de probársenos que usted ha sostenido relaciones de cierto género con esta señora. (Por Florencia.)

OSCAR ¿Yo? (Negando.)

FLOR. (A Gilberta.) ¡Este va á estropearlo!

OSCAR (Con grán energía, avanzando al centro del escenario y dirigiéndose á Oliverio, Estanislao y Revillon.) ¡Eso es una calumnia! ¡Nunca! ¡Jamás!

FLOR. (A Gilberta.) ¡Lo estropeó!

OSCAR Y si yo supiera quién ha sido capaz de decirlo...

FLOR. Yo.

OSCAR ¿Cómo? (Volviéndose sobrecogido.)

FLOR. Yo. Yo lo he dicho. Ahora hable usted. (Oscar la mira aterrado.)

OLIV. Su negativa le enaltece. Es lo natural en todo caballero. Pero ya puede usted confesarlo, en el mismo interés de la honra de esta señora.

OSCAR (Estupefacto.) Pero, ¿mi confesión favorece á la honra de esta señora?

OLIV. Evidente.

OSCAR (Estupefacto.) ¡Nada, que no lo entiendo! Esta señora me confundirá con algún otro.

FLOR. ¡Oh! (Indignada.)

OSCAR ¿No?

FLOR. No. (A Gilberta.) ¿Has visto qué idiota?

OLIV. Le agradeceremos á usted mucho que nos precise la época de sus relaciones.

OSCAR ¡Pero esto es absolutamente incorrecto!

FLOR. ¡Vamos, pronto! ¡La fecha! ¡La fecha!

REV. (Con viveza.) Con permiso de ustedes. Me opongo formalmente á que mi mujer diga la menor palabra, haga el menor gesto que pueda influir en las contestaciones del señor.

FLOR. Ya me callo.

OSCAR (A Jobelin en voz baja.) Pero, ¿quién es este hombre?

JOB. Revillon.

OSCAR ¿El número dos?

JOB. Sí. (Más bajo aún.) Dí lo que ella desee.

OSCAR (Idem.) ¿Es indispensable?

JOB. Sí. (Idem.)

OSCAR Bueno, bueno. (¡No salgo de mi asombro!) La fecha se la habrá ya revelado esta señora.

OLIV. Deseamos confirmar su declaración con la de usted.

OSCAR (Ingenuamente.) ¿Qué fecha ha dicho ella?
RÉV. No se hará usted la ilusión de que vamos á comunicárselo, para que se pongan ustedes de acuerdo.
OSCAR (A Jobelin.) ¡Qué genio gasta el número dos!
OLIV. Conque á ver esa fecha.
OSCAR Esperen ustedes á que haga memoria. ¡Es una historia tan antigua!
FLOR. (A Revillon.) ¿Lo oyes? Antigua.
REV. ¡Silencio! (A Oscar.) Siga usted.
OSCAR Esta señora les habrá dicho que fué en la época de su viudez.
FLOR No.
OSCAR ¿No? (Aterrado.)
OLIV. Tenemos pruebas de lo contrario.
OSCAR ¿Pruebas?
OLIV. (Cogiendo el «Petit bleu» de manos de Revillon.) Esta carta de usted. ¿Reconoce su firma?
OSCAR Pero, ¿cómo se halla en poder de ustedes?
REV. A usted no le importa. (A Oliverio.) Lee el párrafo.
OLIV. (Leyendo.) «Gracias á que él no se lo dirá á tu marido...»
REV. / FLOR. ¡Tu marido!
OLIV. Luego había un marido.
OSCAR ¡Es asombroso! Yo hubiera jurado...
OLIV. Y como la señora ha estado casada dos veces, se trata de saber si esto fué escrito en mil ochocientos noventa y siete, en tiempos del señor... (Por Jobelin.)
OSCAR (Protestando.) ¿A mi tío? ¡Oh!
OLIV. O en mil nuevecientos tres.
REV. (Violentamente.) ¡En mi tiempo! (Oscar mira alternativamente á su tío, que sonríe, y á Revillon, que le contempla amenazador.)
FLOR. Diga usted la verdad.
REV. ¡Silencio!
JOB. (Bajo á Oscar.) En mi tiempo.
OSCAR (Mirando á Jobelin con extrañeza.) ¿Es necesario?
JOB. Sí.
OSCAR Sea. Puesto que todos me lo exigen...
TODOS Sí.
OSCAR Confieso que fué en tiempo de mi tío.

TODOS ¡Al fin!

FLOR. (A Revillon.) ¿Lo oyes? Hombre, ¿lo oyes?

REV. (Mirando á Oscar.) ¡Valiente tipo! (A Florencia.) Te doy la enhorabuena (A Oscar.) Ahora va usted á explicarse conmigo. (Le presenta el «Petit bleu»)

OSCAR Perdone usted, señor...

REV. (Furioso.) Revillon, el marido de esta señora.

OSCAR (Cada vez con mayor asombro.) Permita usted, permita usted... ¿Con qué título puede el señor Revillon pedirme explicaciones por una carta dirigida á la señora de Jobelin?

EST. Tiene razón.

RÉV. ¿Entónces sus relaciones con...?

OSCAR Con la señora de Jobelin, ya lo he dicho. Pero, ¿con la señora de Revillon? ¡de ninguna manera! ¡Ni siquiera he tenido la honra de serle presentado! (Saluda á Florencia y se dirige hacia su tío.)

REV. (A Estanislao y Oliverio.) ¡Se burla de mí!

OLIV. (Conteniéndole.) ¡No, hombre, no!

EST. (Idem.) Tiene razón.

OSCAR (Cerca de Jobelin.) Si mi tío me exige...

JOB. (Interrumpiéndole y estrechándole la mano.) Puedes estar tranquilo. ¡Como no corras otro peligro!

OSCAR (Dándole otro apretón de manos.) ¡Querido tío!

JOB. Tu tía tiene disculpa.

REV. (Forcejeando con sus amigos.) ¡Es indecoroso! ¡Solo le falta darle las gracias!

OLIV. Eso es cuenta suya.

REV. (Indignado detrás del canapé viendo la afectuosa unión de Jobelin y Oscar.) ¡Miradles! ¡Miradles! ¡Van á acabar dándose un abrazo! ¿A qué aguardan ustedes? ¡Abrácense ya!

FLOR. (A Oliverio.) Lleváosle.

EST. (A Revillon.) Vámonos. Ven. (Jobelin y Oscar se ponen á fumar tranquilamente.)

REV. No será sin decir antes á este caballero que es un polichinela. (Por Oscar.)

FLOR. } GIL. } ¡Oh! (Asustadas.)

OLIV. } EST. } (Tratando de llevarse á Revillon.) No tienes razón. No estás en tu derecho.

REV. ¡Este monigote que ha sido el amante de mi mujer!

FLOR. ¡Nunca! (Protestando.)

EST. (Señalando á Jobelin.) De la suya.

OLIV. De la tuya no.

REV. ¿Dejará de ser la misma?

EST.
OLIV.
FLOR.
GIL. } No.

EST. Tiene dos personalidades diferentes.

REV. Basta de distingos. Sea la señora de Jobelin ó sea la señora de Revillon, la cosa es igual.

EST. (Conteniéndole ayudado por Oliverio.) De hecho, sí.

OLIV. De derecho, no.

REV. Pero, ¿moralmente?

OLIV.
EST. } Menos.

REV. De modo que la señora corre sus aventuras...

FLOR. ¡Casimiro!

REV. ¿Y con el pretexto de que el caso es antiguo, ya no tengo yo nada que ver?

OLIV.
EST. } Nada.

REV ¡Vamos! ¡Vamos!

EST.
OLIV. } No es de tu negociado.

REV. ¿Que no?

FLOR. No, no y no. Yo no te debo cuenta de mi vida sino desde que soy tu mujer. ¿Qué tienes que reprochar á tu mujer?

REV. El señor. (Señalando á Oscar.)

FLOR. ¡Es el pasado!

REV. Pues por eso te acuso; por el pasado.

FLOR. Pero yo no te engañé á tí. Fué á Jobelin. Lejos de culparme deberías mostrarme gratitud.

REV. ¿Hay mayor cinismo?

FLOR. Naturalmente. Eso prueba que no le quería como te quiero.

REV. ¡Colosal!

FLOR. Y tú eres más severo que él. El comprende mi falta, hasta la disculpa.

REV. ¡Claro! Ahora ya, ¿qué le importa?

FLOR. Contigo he sido fiel, tierna, apasionada, ¡y no lo agradeces! ¡Pero engañé á Jobelin, y esto es lo que no me perdonas!

REV. Nó. ¡Bastaba con él! ¡No hacía falta el otro!

FLOR. Es verdad. Bien pagué mi pecado. ¿Pero de qué no será capaz una mujer cuando la obligan á vengarse? (Oscar y Jobelin se dirigen al fondo.) ¿Podía yo entonces adivinar que después te amaría? ¿que sería tu esposa? ¿que me sentiría orgullosa de serlo? ¿Y me acusas de no haberte guardado fidelidad cuando no te conocía aún? ¿Es esto justo? Díganlo ustedes. ¿Es justo?

GIL. ¡Pobre Florencia!

REV. Justo ó no, así es. (Coge el sombrero y se dispone á partir.)

OLIV. (Con viveza.) Sí, vámonos. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

EST. Y yo estoy cayéndome de hambre.

FLOR. Eso es, vámomos. Mi bolsa. ¿Dónde está mi bolsa?

GIL. La dejamos en la sala de billar. (Se dirige hacia la izquierda.)

REV. (Habrá llegado á la puerta y se detiene) ¿En el billar?

GIL. Es que...

OLIV. (Mirando furioso á Gilberta, mientras Revillon examina desde la puerta el interior de la sala de billar.) ¡Ya cometió otra indiscreción mi mujer!

REV. ¿De modo que habías estado antes en esta habitación? (A Gilberta.)

GIL. Sí, un momento; al pasar...

REV. ¡Ah! ¿Pasásteis por ahí para entrar por aquella otra puerta?

FLOR. Fué antes de...

REV. Antes de llegar yo, ¿no es verdad? ¿Estábais de acuerdo con este caballero? (Por Jobelin.)

FLOR. No.

REV. (Exasperado.) ¡Para que cargara en su cuenta lo que era mío!

FLOR. ¡No! ¡No!

REV. (Terrible.) ¡Pero yo he descubierto la trama! ¡Bastaba ver su buen humor! ¡Nadie se pone

tan contento por haberle engañado su mujer!...

OLIV. } EST. } (Tratando de calmarle.) ¡Calma! ¡Calma!

REV. (A Florencia.) ¡Hace una hora que está usted mintiendo! ¡Sí; ella miente! ¡Ellos también mienten! ¡Son ustedes un atajo de embusteros!

JOB. ¡Ahora nos insulta!

REV. (A Jobelin.) Tómelo usted como le dé la gana. Si se enfada, mejor.

JOB. ¿Enfadarme? Al contrario. ¡Me divierte mucho!

REV. (Tratando de abalanzarse á él.) ¿Que yo le divierto?

EST. } OLIV. } (Interponiéndose.) ¡Casimiro!

REV. (Forcejeando.) ¡Dejadme!

FLOR. (Abalanzándose á Revillon.) Pero, ¿estás loco? No irás á batirte con él porque yo le engañaba.

REV. ¡No! ¡No era á él! ¡Es á mí! (Medio mutis.)

FLOR. ¡No! ¡Casimiro! ¡Amor mío!... ¡Detenedle! ¡Tengo una prueba! (Espectación general.)

REV. ¡Acaba!

FLOR. Hará unos seis años proximamente, que en el transcurso del mes de Septiembre, allá entre el quince y el veinte, mientras mi marido... (Gesto sarcástico de Revillon.) este señor... (Por Jobelin.) se había ido á Bruselas con una bailarina, fuí á pasar dos días...

EST. (Entre grave y picaresco.) ¿Con...? (Gesto aludiendo á Oscar.)

FLOR. Sí. En un hotel de Berbisson.

GIL. ¡Qué dolor el tener que confesar estas cosas!

REV. (Con ironía.) Va á ser difícil comprobarlo.

FLOR. El hotel existe. Con el apellido Durand estaremos inscriptos en el libro de registro... En un espejo de nuestra habitación... el señor... (Por Oscar.) escribió nuestros nombres enlazados y la fecha del día.

OLIV. } EST } GIL. } ¡Vamos!

REV. (Implacable.) ¿Para qué? ¡Pueden haber pasado tantas cosas desde entonces!

FLOR. ¡Dios mío! ¡Cuando una es culpable, qué trabajo le cuesta el demostrarlo!

OSCAR (Bajo.) ¡Esta mujer se ha empeñado en que me rompan algo!

JOB. (Acercándose á Florencia.) ¿Eso lo dirá usted para que él lo crea?

FLOR. (Alto y enojada.) ¡Para él, para usted, para todos! (Se dispone á correr hacia Revillon, pero una mirada glacial de éste la contiene.)

JOB. (Indignado.) ¿Entonces aquí el engañado...?

GIL. Es usted. ¡Cuántas veces habrá que decírselo!

JOB. Vengamos á cuentas. Ya empiezo yo á hartarme. Usted, señora, estuvo antes aquí...

REV. (A los demás.) ¿Eh?

JOB Y me dijo algo que podría traducirse así: «Mi marido ha descubierto que tengo un amante...»

FLOR. (Con energía.) ¡Falso!

GIL. ¡Este caballero falta á la verdad!

REV. (A los otros.) ¡Ahora lo imprevisto! ¡Los cómplices que disputan!

FLOR. Yo le dije á usted claramente...

JOB. Sí, pero yo creía... (Furioso, á su sobrino.) ¿De modo que era verdad que tenías relaciones con tu tía?

OSCAR Usted mismo me dijo antes...

JOB. ¡Miserable! ¡Te desheredaré! (Medio mutis. A Revillon, desde la puerta.) ¿Sabe usted una cosa, señor mío? (Todos le escuchan.) Que esta señora y este granujilla desagradecido, se han entendido siempre. Aquí los engañados somos usted y yo. (Hace mutis violentamente seguido de su sobrino.)

REV. (Pensativo.) Lo que ha dicho ese hombre no es ningún disparate.

FLOR. Supongo que no darás crédito á sus infamias. (Con ansiedad.)

REV. (Queriendo marcharse.) Adiós. (Florencia llora.)

OLIV. (Deteniéndole.) Yo sostengo que tu mujer es inocente.

EST. Y aunque no lo fuera.

GIL. El silencio fué su único pecado.

REV. Todo debe decirse al marido.

EST. Figúrate que Florencia estuvo casada dos veces antes de ser tu esposa.

REV. No me da la gana. (Colérico.)

FLOR. Dejadle... Es inútil... ¡Si no ha de creerme! ¡Si no quiere creerme! ¡Si...! (Siempre llorando.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y HORTENSIA

HOR. (Hace una inclinación de cabeza y prorrumpe, al verles, en una exclamación de sorpresa.) ¡Ah! (Todos contestan á su saludo.) ¿Qué tiene Florencia? (Gilberta le hace señal de que calle.)

HOR. (Aparte á Oliverio.) ¿Se puede saber á qué han venido ustedes?

OLIV. Un asunto grave.

HOR. ¿Referente á Florencia?

OLIV. Sí.

HOR. ¿Y quizás haya sonado el nombre de mi marido? ¿Me equivoco?

OLIV. Es verdad.

HOR. ¡Después de tantos años!

OLIV. ¿Años ha dicho usted? (Revillon se acerca con precaución á Hortensia y Oliverio. Gilberta sigue siempre aparte consolando á Florencia.)

HOR. El otro día mismo, registrando en el despacho de Oscar, encontré las cartas de Florencia. La última databa del noventa y siete. ¡Ruptura definitiva!

REV. (Sin poder contenerse.) ¡Al fin!

EST. (Con sorpresa.) ¿Qué ocurre?

REV. Yo, que nunca me apliqué á espiar, ni á vigilar, sospeché, sin saber por qué, que Oliverio y usted hablaban de algo importante para mi destino. Me acerqué (hice mal, ya lo sé), puse atención en sus palabras y la verdad se me ha revelado: una verdad un poco triste, pero capaz de hacer-

me feliz todavía. Señora, muchas gracias. (Florencia se echa llorando en sus brazos.)

GIL.
OLIV.
FLOR.
REV.
} ¡Al fin!

EST. (Filosóficamente, á Hortensia.) He aquí un hombre que se considera feliz, porque su mujer ha dejado de ser honrada antes de lo que él suponía. ¡Convencionalismos, y nada más que convencionalismos! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Precio: 1,50 pesetas